

Viaje a Santa Magdalena

Ariagor Manuel Almanza Avendaño

Universidad Autónoma de Baja California

Quieres que el tiempo se acelere para abrazar a tus niñas. Miras a los demás pasajeros cabeceando mientras esperan el vuelo de la madrugada. Tú estás fresca, eres criatura nocturna, no necesitas una taza de café para mantenerte despierta. Te surge un antojo de sopa instantánea, de papas con salsa picante. Miras los precios del aeropuerto y prefieres escuchar el sonido de tus tripas. No saben lo que te cuesta ganarlo. Te sientes extraña con tus breves vacaciones, no tomas ni un día de descanso. No traes tu disfraz, te vistes como lo hacías en tu pueblo. Un vestido de flores y un poco de brillo en los labios.

Durante el vuelo no pudiste reposar, no estás acostumbrada a dormir sentada. Por un instante quisiste que le pusieran un zíper en los labios al señor que roncaba. Piensas que al menos cuando duerme, la gente debería dejar de joder. Pero ya estás en la Ciudad de México. El aire de la mañana te pega en el rostro como una ducha helada, mientras caminas hacia la estación. Buscas una torta de tamal y un atole, pero adviertes que han reubicado los puestos ambulantes. Esperarás para desayunar hasta la terminal de autobuses. Bostezas y bostezas en el vagón del metro, te resistes a dormir. No quieres perder el trasborde, no quieres que te quiten tus cosas. Un hombre se sienta frente a ti. Su mirada recorre tu rostro, tus senos, tus piernas. Intenta que lo veas a los ojos, que notes lo mucho que te desea. Un lobo que toca la puerta con insistencia. Desvías la mirada, ya no eres la adolescente que se quedaba congelada cuando los señores le agarraban las nalgas en el autobús. Si te toca, lo insultarás y le darás una bofetada. Desciende en metro Oceanía. No permites que invada las tierras de tu memoria, no quieres que arruine demasiado tu paz. Los hombres te miran todos los días, desde hace años. Hoy estás contenta porque faltan unas horas para ver a tus niñas. Desde muy temprano te mandan mensajes para saber por dónde vas.

Por fin estás en el autobús que te llevará a Puebla. Inclinas tu cabeza en la ventana para mirar los trazos verdes y azules del paisaje que dejaste, árboles como aquellos que trepabas para morder jugosas manzanas rojas, el nebuloso volcán que sueña a la distancia. En la frontera sólo sientes polvo, pavimento, fierro oxidado. Extrañas dormir bajo una sombra, el olor de la tierra mojada, el lento devenir del tiempo. En el asiento de al lado contemplas a una muchacha, unos cinco años más joven que tú, quizá más, tiene cara de niña, parece tragarse los años. Contemplas fijamente sus ojos chinos, aunque no logras adivinar cómo se siente. No se ve alegre ni triste. Te preguntas si el rostro de la gente luce así cuando está sola, sin pensar, sin recordar, sólo observando lo que ocurre. Una cara de nada, un jabón sin aroma. De repente sonrío al deslizar su dedo en la pantalla del celular. Viste jeans y una blusa de marca. Volteas hacia sus manos, lleva anillos, una pulsera de oro,

un reloj. Usa frenos en los dientes, no huele a perfume barato. Quisieras saber si esa joven serías tú, con menos hijas, menos deudas, menos errores. Hace años que no andas tan libre por el mundo. Sientes un poco de envidia. A veces desearías volver al día en que el pajarito de la suerte te sacó tu papelito y recibir otro mensaje del destino. Te consuela un poco creer que su libertad no le ha brindado tanta felicidad. Piensas que son hermanas de esa misma soledad que se siente cuando se está lejos de lo que se quiere. La soledad de habitar un lugar ajeno, donde te miran como si estuvieras en el fondo de un barranco. Sientes que ambas se van erosionando, piedras que se van haciendo lisitas con este ir y venir continuo entre su pueblo y la frontera. Ir y venir a través de las venas tapadas de su país. Ella quizá tenga un amor, tal vez esté a punto de comprarse su casa, o esté pensando cruzarse al otro lado. Posiblemente sea todo lo que necesita para que no la devoren los males que añejan el tiempo, el espacio y la distancia. Tú tienes a tus niñas, pronto las vas a ver, nada más que el chofer le pise al acelerador y tengas suerte de no tener que esperar tanto para que se llene la combi que te llevará al lugar donde naciste.

Por fin llegas a la casa de tu mamá. Luce más despintada, con la hierba creciendo como se le da la gana en el patio. Bicicletas y muñecas de tus hijas reposando en el jardín, junto a los pétalos secos de las buganvillas. Cada vez que regresas sientes la casa más bonita. Tocas la puerta y escuchas el zumbido de tus niñas corriendo para abrirte. “¡¡¡Mami!!!”, te gritan, suena tan dulce cuando proviene de sus labios, en vivo y en directo. Ambas te envuelven en un sándwich de niñas, te acarician con fuerza, como verificando que no seas imaginaria. Gabi te llega al ombligo, Dani ya alcanza tu pecho. Tu mamá espera en la fila para abrazarte. Acudes en el momento justo, tus hijas están alistándose para ir a la escuela. Prefieren quedarse contigo, quizá sienten un ligero temor a que te vayas mientras juegan en el recreo. Pero tú no quieres que cambien sus rutinas, sabes que en unos días te irás y tienen que continuar sin ti. Caminas con tus hijas hasta la puerta de la escuela. Gabi te aprieta la mano con fuerza, notas que se resiste a entrar. Dani te recuerda tanto a ti cuando tenías once años, admiras lo chula que se ve con sus trenzas y los hoyitos que se le forman cuando se ríe. Tu mamá te dice que todos los días preguntaban por ti, que ayer no podían dormir. Sientes que todo lo que haces vale la pena si están contentas, cuidadas, si te quieren todavía. Tu mamá sabe que estás cansada, que tienes hambre. Pasan a comprar tortillas calientitas. En casa te espera ese mole dulce que tanto te gusta, con sabor a manzana y plátano macho. Estranguló un guajolote solo para ti. Las manos de Dani ayudaron a cortar las zanahorias para el arroz. Mientras te haces un taco, tu mamá te pregunta cuándo regresas. El martes, le dices, y ya te empieza a angustiar la despedida. “¿Y cómo has estado mija?”. Tras una pausa casi imperceptible, respondes “bien mami, puro trabajar”. Una mentira y una verdad. Te has acostumbrado a andar partida. Las verdades te las guardas para ti.

Despiertas en medio de tus niñas, te abrazan como koalas a las ramas de un eucalipto. Adorables y pachoncitas. Sientes su respiración, la saliva seca de Dani en tu brazo. Imaginas que son ángeles que descansan apaciblemente sobre sus camas de nube. Acaricias suavemente sus rizos, con la intensidad de una brisa ligera. Arrojas unas cuantas lágrimas, aún no puedes creer que las tienes a tu lado. Cuando se levantan las llenas de besos, te ofrecen cada resquicio de su rostro para que las colmes de tus labios de mamá vampira. No sabes cuál es su desayuno favorito, le preguntas a tu mamá en secreto. Les preparas milanesa de pollo empanizada con papas. Y una jarra de agua de limón. Hacen

gestos como si fuera la comida más deliciosa que hayan probado, aunque sabes que no heredaste la sazón de tu mamá. Mientras desayunan, Dani pone videos en YouTube. Le agrada ver el canal de una niña que graba todo lo que hace en su vida. Te parece extraño, tú veías caricaturas de Don Gato y su pandilla, pero tratas de mostrarte interesada. Minutos más tarde tu mamá les recuerda que es hora de hacer la tarea. Gabi te pide ayuda con unas sumas y restas. Te enorgullece ver lo lista que es, no te ocupa realmente, sólo quiere estar piel con piel. Dani se pone a dibujar una línea del tiempo para la clase de Historia. Te pregunta en qué trabajas. Le cuentas que, en la maquila, empacas equipo que usan los médicos, tubitos que se meten en el cuerpo para ver lo que tiene la gente dentro. “¿Es bonita la ciudad donde estás?”. Le confiesas que no tanto como el pueblo. Te das cuenta de que no tienes fotos en tu celular, casi no sales, quieres tan poco a la ciudad donde te ganas la vida. “¿Cuándo me vas a llevar para allá?”. “No sé mi amor, es que estoy ahorrando para que hagamos nuestra casita”. Tu mamá, como *cucú*, les recuerda que es hora de bañarse. Les prometes que pasarán a comprar una nieve antes de ir a la escuela. Mientras tus hijas se arreglan, miras hacia el patio, la obra está casi a medias. Adviertes que necesitas juntar mucho más para los ladrillos, el colado y los albañiles. Temes que te harás vieja y no te alcanzarán los años para construirles su casa. Quisieras saber por qué la vida tiene que ser tan difícil.

Sólo quedan cenizas de los primeros días. Esperas que los restantes ardan lo más posible. Organizas un viaje a las aguas termales. Tu mamá finge estar ocupada para dejarlas solas. Te invade una ridícula angustia, una parte de ti se siente como impostora. En el trayecto observas como juegan juntas, cómo se cuidan, cómo se quieren. Te acuerdas de tu hermana, de cuando se iban a la escuela tomadas de la mano. La hermana que se quedaba con tu pulsera favorita o te pedía que le mintieras a tu mamá para escaparse al arroyo con su novio. Reconoces cuánto la extrañas. Han pasado años que no sabes nada de ella. Deseas que esté viva, pero en el fondo crees que ya no está. Y como el agua que escuchas correr entre las piedras, tus recuerdos comienzan a fluir en tu interior. Piensas en tu hermano que desertó del ejército, ya no sabes qué hace ni dónde vive. A él no lo sientes muerto, pero no metes las manos al fuego por tus corazonadas. Brota la imagen de tu padre joven, cuando se despide de ti para irse a la capital, antes de saber que cruzaría al otro lado, para nunca más volver. Todos los hombres que has querido se van, todos los que no quieres se vienen. Tu pequeña flota en el agua con la gracia de un ajolote. Nada hasta la orilla y regresa a ti para poner la nariz en tu ombligo. Vislumbras el paraíso como esa cópula entre el cielo y el infierno: nubes de agua burbujeantes con olor de azufre, roces entre las pieles húmedas de seres que se aman. Anhelas detener el tiempo, permanecer en la escena eternamente, pero el agua no cesa de brotar y te recuerda que el tiempo no deja de fluir. Admiras a Dani con su traje de baño, caminando cuidadosamente entre piedras resbaladizas. Adviertes que está a punto de convertirse en mujer, que será deseada por los hombres, pronto recibirá su primer beso y te lo perderás. Tu mamá te ha dicho que ha encontrado por accidente cartitas de amor, y ha visto a niños que le regalan chocolates a la salida de la escuela. Te preguntas por qué Dani no te platica nada de eso, quisieras que confiara más en ti, aunque aceptas que aún no te la has ganado. Te sientes melancólica al sentir que su vida también ha fluido demasiado rápido, y pronto desembocará en otros cuerpos de agua. Temes que te deje de querer cuando crezca. Temes que le rompan el corazón. Temes que se la roben

como a tantas muchachas bonitas de las fotografías que has visto, de las historias que te han contado. Y cuanto más temas más te sientes su mamá. Mientras reposa sobre las rocas, te acercas para acariciar sus mejillas, la miras a los ojos, le dices que la quieres mucho, que no quieres que deje de ser tan linda como es, que siempre estás pensando en ella. Tus lágrimas se esconden entre las gotas de agua caliente. Dani sólo ríe y llora, es un espejo de ti. “¡Mami tengo hambre!”, grita Gabi. Minutos después salen del agua y buscan un lugar en el bosque para hacer un picnic, al arrullo de los cenizos.

La última noche van a la feria del pueblo. Observan unos caballos color azabache bailar al ritmo de la tambora. Notas que la gente aplaude y ríe con el espectáculo, pero tú sientes lástima de aquellas bestias. Sabes que no disfrutaban esa ridícula coreografía, su carne ha sido domada. Al término de la función pasan a comprar elotes. La cara de tus hijas se cubre de queso y crema con cada mordida. Como una mamá chimpancé, las acicalas con tus yemas. Gabi quiere que suban a las sillas voladoras. Le agrada patear en el aire y estirar los brazos. Recuerdas el vértigo que te provocan los juegos mecánicos, pero te aguantas porque tus hijas también han esperado la feria por meses. En el punto más elevado de la rueda de la fortuna, alcanzas a observar todo el pueblo, los habitantes se arrastran despacio como ciempiés. Prefieres estar abajo, más cerca de la tierra, desde pequeña te ha dado miedo volar y desplomarte como un ángel caído. No crees que la fortuna sea subir y bajar, hay gente que nunca sube, hay gente que nunca baja. Quisieras permanecer estática en un punto, por el mayor tiempo posible, sin que nadie te moleste. Te preguntas si es obligatorio tener que estarse moviendo todo el maldito tiempo. Te sorprende descubrir que ya no tienes la energía de antes, que pareces un caracol al lado de tus niñas, que revolotean en zigzag entre los carros chocones, la casa de los espejos y el toro mecánico. En una de las filas, miras a un hombre de la mano de su esposa, con dos niños, más pequeños que tus hijas. Jesús, el muchacho que te dio tu primer beso. Era la fiesta de cumpleaños de tu amiga Camila. Te pidió que bailaras con él. *Biri biri baum baum*. Los niños en una hilera, las niñas en otra. No se te hacía tan guapo, pero era simpático. El tiempo ha sido amable con él. Sus labios tenían aroma a goma de mascar de yerbabuena. Se te aceleró el corazón cuando te tomó de las manos. Todo duró tan poco, en aquel tiempo no sabían jugar a ser novios. Otros muchachos se enteraron de que te habían besado y de repente parecía que te habías impregnado de un perfume prodigioso. Llegaron otros labios. Y otros. Y otros. Más salvajes, con más saliva recorrida. Pero ninguno como el tierno primer beso que te dio Jesús en el colmo de su inocencia. Miras en su dirección, por si te regresa el chispazo, la mueca, del reconocimiento. Pronto te detienes, no quieres que su esposa se ponga celosa, o le haga preguntas. Prefieres que permanezca en tus recuerdos. Antes de abandonar la feria, Dani quiere ganar un premio en el juego de las canicas: 30, 5, 22, 45, 16. La joven que atiende el puesto hace la cuenta. Un gatito de peluche. “Gracias mami”, te abraza. La pequeña huele cada vez que la grande se te acerca. Se hace la cansada para que la cargues. Está flaquita, pero te pesa. No dices nada, por alguna razón crees que cargarla de caballito hasta la salida podrá compensar tantas horas sin ti. Tus hijas llegarán cansadas y dormirán al sentir la almohada. Tú harás las maletas sin que se den cuenta.

Te levantas muy temprano para tomar la combi que te trasladará a Puebla, te preocupa perder el vuelo, aunque no te quieres ir. Hay una parte de ti que quisiera abandonar la casa sigilosamente, sin despedirse, sin verlas llorar. La otra parte siente que

sería demasiado cruel y que necesitas exprimir lo más posible el poco tiempo que te queda. Cuando intentas bajarte de la cama, los brazos de Gabi dormida te agarran como una pinza. Emerge el impulso de sucumbir ante ellos y no dejar el colchón. Sutilmente, los retiras y la cubres con la sábana. Dani también te ha sentido, se talla los ojos para despertar. “¿Ya te vas mami?”. Le dices que ya casi. Se levanta, quiere ayudarte con tus maletas, tomarse un pan de dulce y un atole contigo. Ya no te falta nada por hacer, aunque sabes que nunca estarás lista para partir. Te acercas a la cama y le das un beso a Gabi en la mejilla, te aferras a esa imagen de su sonrisa sonámbula. Ya me tengo que ir mi amor, te despidas intentando que la garganta no se te anude. “Quédate un ratito más mami, nomás un ratito”. Como si una bala hubiera atravesado tu pecho, le dices que ya no puedes, que te va a dejar la combi. “Pues que te deje, tomas otro”, te resuelve la vida con su calma de niña. Le das un abrazo y la pintas de besos en toda la cara, como si trataras de llevarte un poco de su esencia en tus labios y en tus manos, para que te acompañe en el camino, para que te alivie en esas noches solitarias en que abrazas a la almohada imaginando que es ella. Le prometes que vendrás pronto. Mientes, pero no se te ocurre algo mejor para salir del paso. La dejas llorando en la cama. Tu mamá se acuesta con ella, le repite que pronto vas a volver, que tienes que trabajar para todas y que tienen que ayudarte a que no te vayas triste. Gabi no se resigna, sólo llora en silencio. Dani, aunque ya es mayor y entiende que te tienes que ir, se contagia de la tristeza de su hermana y te abraza como no te ha abrazado durante toda tu estancia. De pronto sientes que algo ha pasado con el tiempo, se siente tan pequeña. Percibes su tristeza como una olla hirviendo que quieres apagar inmediatamente. Le repites que la quieres mucho, que nunca dejas de pensar en ella, que estás muy orgullosa, que harás lo posible por regresar pronto y que le enviarás mensajes todos los días. Eso ayuda un poco. Te pregunta cuando vuelves. Prometes que, para navidad, aunque nunca lo sabes, depende de cómo te vaya en los próximos meses. Temblando te vas de la casa, mientras tu mamá y tus niñas te despiden desde la puerta y te gritan que te quieren.

En la combi no puedes dejar de derramarte al recordar sus voces, sus brazos resistiéndose a uno más de tus abandonos. Sólo deseas que el tiempo pase en cámara fugaz para volver mañana. Piensas que la vida debería acelerarse para las trivialidades y el sufrimiento, pero detenerse, hacer zoom, en escenas especiales. El paso de los minutos va calmando tus aguas, aunque sabes perfectamente que hay un monstruo que resurgirá de tus abismos. En unas horas estarás en la frontera. La frontera que quieres porque te permite sobrevivir, la frontera que odias porque te mata por dentro. Mañana te volverás a poner el disfraz y te parará en las calles del centro. Un hombre te llamará y subirás las escaleras. Esperarás a que pague el cuarto. Le dirás lo que cuesta cada uno de los servicios. Arrojarás tu ropa en el piso, te quitarás los tacones. Con cuidado le pondrás el condón para mamársela, luego dejarás que te monte como quiera, y al terminar te limpiarás todos los restos de él. No sentirás nada, es sólo un trabajo y hace años que dejaste de creer en el amor, en los hombres, en la justicia del mundo. Cuando te quedes sola en la habitación, te persignarás por lo que has ganado y guardarás lo más posible para ellas. Esperarás trabajar lo suficiente en unos años para jamás volverlas a dejar. Pero temes que cuando regreses, sean ellas las que te hayan abandonado.